



Este pueblo se quedó sin alcalde



NATALIA SOPHIA CASTRO TRIVIÑO PASTO

Nací en Neiva, la capital bambuquera de Colombia, el 18 de mayo de 1988. Mis primeros años los viví en el municipio de La Argentina, Huila. Allí comencé a estudiar bajo la tutela de mi madre. Posteriormente inicié mi bachillerato en el colegio donde mi padre era profesor de inglés y español. Él me inició y me guió desde muy pequeña en el mundo mágico de la literatura y heredé su gusto y el arte de escribir.

A los 13 años viajé a Neiva donde continué mis estudios, y luego a Pasto, tierra natal de mi padre, a estudiar medicina, que es la pasión de mi vida.

Añoro la vida del campo, pero su cruda realidad, como el asesinato de indígenas y de campesinos disfrazados de guerrilleros, me han marcado para siempre. Esto se refleja en mi cuento. Le doy gracias a Dios por permitirme despertar al pie del Galeras, de donde contemplo todos los días los paisajes más hermosos que mis ojos han visto. Creo que este debería ser un privilegio de todo colombiano: disfrutar del país más maravilloso del mundo.

**Medicina. Fundación
Universitaria San Martín.
Pasto.**

Este pueblo se quedó sin alcalde

NATALIA SOPHIA CASTRO TRIVIÑO

“**M**e llamo Ana Galindo, La Yiya, y quiero entregarme, Comandante”. Fueron esas las primeras palabras que escuché de la joven mujer que permanecía de pie, con el cuerpo orgullosamente erguido, frente a mi despacho. Sus rasgos finos y bien formados contrastaban con su pelo desordenado y sucio. Lucía un camuflado descolorido que dejaba adivinar su pequeño cuerpo esbelto. “La felicito y bienvenida a la libertad. El gobierno le brindará toda la seguridad que se les ha prometido a los reinsertados. Siéntese y cuénteme su historia”.

Primero fue como si contara una historia de memoria, pero luego comenzó a hacer pausas interrumpidas por sollozos casi imperceptibles que poco a poco rompieron el hilo de la historia, hasta que el llanto afloró a borbotones impidiéndole hablar. La dejé que llorara mientras me carcomía la curiosidad por saber cuál era la causa de su angustia y rabia reprimida hasta aquella tarde fría y lluviosa del mes de mayo.

“Sí, fueron ellos”, exclamó cuando el llanto aún no se había mitigado por completo. “Un domingo llegaron a la casa, serían como las diez, y en medio de todos lo sacaron a empujones y lo tiraron al

piso. De nada sirvió el llanto de la madre y de las hermanas; todos le suplicamos que no le hicieran nada, que él era un buen muchacho, que a nadie le había hecho daño. No hicieron caso. Uno de los hombres sacó su arma y le apuntó a Ernesto”.

Con la angustia todavía reflejada en su rostro continuó con voz tenue y temblorosa. “Fue entonces cuando me abalancé sobre uno de los encapuchados y lo sacudí con fuerza: ‘No lo maten’, les suplicaba, pero éste me rechazó con rabia y caí de bruces sobre el alambrado. Todo era confusión. Solo recuerdo los disparos y aquellos ojos color de miel que me han venido persiguiendo desde entonces, todas las noches, todos los días, minuto a minuto.

“Fue el día que bajé al pueblo, cuando entré al despacho del alcalde que me los volví a encontrar. Eran los mismos ojos que me sacudían de miedo en mis noches de terror. Y esa mañana los tenía frente a mí. Ahora lo comprendía todo. Esos ojos me trasladaron dos años atrás, a la vereda del Carmen. Vi el cuerpo ensangrentado de Ernesto y sentí cómo su mano aún caliente me apretaba. No se quería morir. Todas sus ilusiones se derrumbaban. Había regresado a quedarse para siempre en su tierra. Quería ganar las próximas elecciones. Sus amigos y seguidores sabían que este joven abogado cambiaría la historia de Plata Vieja. ‘Cuando sea alcalde nos casaremos’, me había dicho. Pero las balas asesinas del ahora alcalde y sus amigos truncaron sus sueños para siempre.

“¿En qué puedo servirte, pichoncita?”, me dijo el malparido mientras me acorralaba con su mirada lasciva. Pude sentir su aliento repulsivo. Su mirada penetrante me quemaba las entrañas. Quedé inmóvil por unos instantes. Sentí cómo sus manos me apretaban los senos. Su cara se aproximó a la mía intentando besarme. Ahora no quedaba duda alguna, la cicatriz en su párpado izquierdo se había tornado más oscura. Saqué fuerzas de flaqueza y lo aparté con

asco. Salí corriendo de la alcaldía a donde me había dirigido para autenticar el registro de nacimiento de mi hija Karla.

“Ahora comprende usted por qué me metí a la guerrilla, Comandante. Desde esa misma mañana juré vengar la muerte de Ernesto. Así se lo prometí a él en su tumba. Por la hija que él nunca supo que iba a tener no descansaría hasta lograrlo. Por eso me contacté con los muchachos que me relacionaron con los comandantes del Frente 13 de la zona, les conté el motivo de mi decisión y me acogieron”.

—¿Tiene usted cómo probar lo que me cuenta? —pregunté—. Recuerde que el testimonio de un guerrillero no sirve de prueba y menos en contra de un funcionario público.

“No necesito prueba alguna —continuó—. Acabo de cerrar para siempre esos ojos asesinos. Durante meses esperé con ansia este momento y hoy cuando el maldito bajaba de Las Toldas, lo estaba esperando sobre el puente. Sabía que vendría solo, como todos los domingos lo hacía para visitar a su amante. Le hice una señal para que se detuviera. Se bajó del vehículo. Al verme intentó reanudar la marcha. Pero su suerte estaba echada. Su rostro palideció como el de un cadáver. De rodillas imploró que no lo matara. ‘Se le acabaron sus días, señor alcalde’, le dije mientras disparaba la carga completa de mi arma. Ahora podré contarle a mi niña, cuando crezca, que vengué la muerte de su padre. Porque el hijueputa está bien muerto, Comandante. Es mejor que mande a sus hombres por el cuerpo. Está en la quebrada El Tachuelo, justo en el cruce de la carretera, allí lo dejé esta mañana. Por eso le digo, este pueblo se quedó sin alcalde”. ■

